

JOSÉ MARÍA MARCO

H I S T O R I A 

P A T R I Ó T I C A 

D E E S P A Ñ A 



José María Marco

Historia patriótica de España



© El autor y Ediciones Encuentro, S.A., Madrid 2023

Esta es una edición corregida y aumentada de
Una historia patriótica de España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 113

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-137-3

Depósito Legal: M-1797-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. QUEREFONTE, O DEL PATRIOTISMO.....	13
<i>Querefonte o del patriotismo</i>	15
I. LOS ORÍGENES DE ESPAÑA.....	29
Los confines del mundo	29
Los abismos del tiempo.....	34
Novedades	36
Tartessos. La España fenicia	38
La España de los griegos	42
Los iberos y la España oriental.....	44
La España celtíbera	46
Los cartagineses.....	51
II. LA ESPAÑA ROMANA.....	55
Un poeta español	55
Sagunto, Viriato y Numancia. La difícil conquista de España	58
La romanización de España.....	63
España romana	68
Roma española	73
La crisis del Imperio	77
La evangelización de España	81
III. ESPAÑA BAJO LOS VISIGODOS	89
El ocaso del mundo	89
Unidad política y religiosa	94
Continuidad.....	99

La gloria de España.....	103
El hundimiento del reino visigodo.....	105
IV. AL-ÁNDALUS. LA ESPAÑA MUSULMANA	111
Conquista o <i>destrucción</i> de España.....	111
El islam	113
El régimen islámico: el miedo y las poblaciones «protegidas»	117
Resistencia.....	120
Los españoles musulmanes	125
El esplendor de la España musulmana	134
Lo que el islam debe a España	142
V. LA RECONQUISTA. ESPAÑA EN OCCIDENTE.....	153
La memoria de España	153
La resistencia en el norte y la expansión hacia el sur	157
La gran expansión	166
Turbulencias. Siglos XIV y XV.....	176
Los Reyes Católicos	183
VI. LA CULTURA DE LA ESPAÑA MEDIEVAL	191
Recuperación de la cultura clásica.....	191
Diversidad cultural	193
El castellano	196
Una Historia patriótica de España.....	200
España en verso	203
Lenguas españolas.....	205
Los españoles judíos	207
VII. LA ESPAÑA AMERICANA	217
La llegada al Nuevo Mundo	217
América antes de los españoles.....	222
México.....	231
Una empresa continental.....	234
La ambición mundial.....	237
La destrucción de las Indias	242
La naturaleza de la España de ultramar	245
América cristiana.....	250
La Corona en América.....	259
La nueva España.....	263

Una sociedad plural	268
VIII. LOS SIGLOS DE ORO.....	275
España en el Imperio	275
El emperador	281
Felipe II y la Monarquía española.....	287
Felipe III. El monarca pacífico	297
Felipe IV, Olivares y la reputación de la Monarquía.....	301
Carlos II. Paz y recuperación	311
La sociedad y la riqueza	316
IX. PASIONES ESPAÑOLAS.....	329
El debate político y económico.....	329
La fe y la conciencia del pluralismo	341
Antiguos y modernos.....	354
La lengua.....	366
X. LA ESPAÑA DE LA ILUSTRACIÓN.....	375
La nueva dinastía y las primeras reformas	375
La familia real y los intereses de España.....	378
Reformismo y amor a la patria.....	380
La apoteosis de las Luces	389
La nación española.....	401
La América ilustrada.....	407
Las reformas en la España americana	411
La Revolución contra las Luces.....	419
XI. LA ESPAÑA LIBERAL	427
La Guerra de la Independencia	427
Arranca la Revolución.....	432
Las Cortes de Cádiz y la primera Constitución liberal.....	436
Preparativos de guerra en América	441
La otra Guerra de la Independencia	444
El reinado de Fernando VII.....	450
La Guerra Civil carlista	457
Regencia y Revolución	462
Isabel II y los moderados en el poder.....	470
La Unión Liberal y la prosperidad de España.....	475
La Gloriosa Revolución	480

La Constitución de 1869 y la Monarquía democrática.....	483
La Primera República.....	488
Monarquía constitucional.....	492
Un régimen liberal.....	497
La derrota de 1898.....	501
XII. DEL ROMANTICISMO A	
LAS VANGUARDIAS.....	505
Los españoles románticos.....	505
La imagen romántica.....	512
La crisis del 98.....	515
Continuidad conservadora.....	518
La España virgen.....	524
Las consecuencias del <i>Desastre</i>	529
Modernismo y vanguardias españolas.....	535
XIII. EL SIGLO XX. DEL LIBERALISMO	
A LA DEMOCRACIA.....	543
La hora de la democracia.....	543
El intento conservador.....	546
El fracaso de los políticos.....	553
Primo de Rivera. El experimento regeneracionista.....	556
El advenimiento de la República.....	562
Una República para los republicanos.....	565
Republicanos y socialistas.....	570
Dos levantamientos revolucionarios.....	577
Guerra y revolución.....	583
El nacionalismo de Francisco Franco.....	593
Un régimen sin política.....	598
Modernización.....	602
Una oposición debilitada.....	607
El fin de un régimen personal.....	610
La Transición y la búsqueda del consenso.....	614
La reforma.....	616
Pluralismo.....	620
La España de las Autonomías y los límites del consenso.....	624
Una lección de historia patriótica.....	628
XIV. LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA.....	631

Los primeros gobiernos democráticos	631
El socialismo de Felipe González	639
Aznar. La hora del centro derecha.....	649
El experimento radical.....	661
La crisis permanente	671
Nación de naciones.....	685
XV. ESPAÑA EN LA CULTURA DE LOS SIGLOS XX Y XXI ..	691
La cultura en el exilio. Esencias de lo castizo	691
La superación del problema de España	697
El desmantelamiento de España.....	702
AGRADECIMIENTOS.....	715
BIBLIOGRAFÍA	717

A la memoria de mi padre, José Marco Gallego

Para Pilar Elías

PRÓLOGO

QUEREFONTE, O DEL PATRIOTISMO

Durante mucho tiempo, la patria fue el lugar donde se nace. El amor que se le profesaba resultaba natural. Por eso el término «patriotismo» no adquirió relevancia hasta que la patria se convirtió en algo distinto: la comunidad que garantizaba la libertad de las personas. Este sentido es muy antiguo, y para hallar sus raíces podríamos remontarnos a Pericles y su famoso discurso ante los atenienses reunidos para rendir tributo a los soldados muertos en el campo de batalla. En Occidente, sin embargo, hizo falta redescubrir la libertad según los antiguos para que el patriotismo adquiriera todo su sentido. Desde entonces, el patriotismo da nombre al conjunto de virtudes y deberes que relaciona a una persona, o mejor dicho, a un ciudadano, con su patria: el amor, la amistad, la lealtad, la disposición al servicio, la conciencia de unidad y de pertenencia a una comunidad política que llamamos nación o patria, como los griegos hablaban de *polis*. Claro que si la nación o la patria garantizaban unos derechos, patriota era el que estaba dispuesto a cumplir con sus deberes con respecto a ella.

A finales del siglo XIX, el patriotismo empezó a ser absorbido por fórmulas políticas que excluían la universalidad del ser humano y subordinaban los derechos a un relativismo moral en el que prevalecen valores étnicos o culturales. Estamos hablando de las ideologías nacionalistas y su naturaleza asesina. El descrédito del patriotismo culminó cuando las revoluciones antiautoritarias de finales del siglo pasado repudiaron, en nombre de la autonomía individual, cualquier concepto de responsabilidad y de deber. Hoy en día, los términos de «patria» y «patriotismo», aún envenenados por el nacionalismo y la exaltación individualista, han

cobrado un nuevo significado. Sociedades pluralistas como las nuestras vuelven a debatir la posibilidad, cuando no la necesidad, de compatibilizar una noción básica de bien común con la libertad individual. También ha vuelto a primer plano la relación de la identidad con el pasado. Y la urgencia de dar un sentido a la vida individual, más allá de la satisfacción de los propios deseos. No parece que hayamos superado, como un día pareció, el amor a la patria y la disposición a servirla.

El debate no es nuevo. El padre Feijoo lo resumió, en plena Ilustración española, con su contraposición entre «amor de la patria» y «pasión nacional». Los antiguos también reflexionaron sobre el asunto. Buena prueba de ello son *De los deberes* de Cicerón y este diálogo, titulado *Querefonte o del patriotismo*, publicado aquí por vez primera.

El autor perteneció sin duda al círculo de la Academia platónica. La conoce bien, como lo muestran las alusiones a Critias y a Alcibíades. Así lo indica también el protagonismo de Querefonte, uno de los «leales amigos» de Sócrates, según Jenofonte, y personaje popular, por su aspecto y su carácter, en la Atenas de Pericles. Aristófanes nos dejó de él un buen retrato, en particular en *Las nubes*, comedia en la que juega el papel de socio de Sócrates en el negocio, más bien turbio, de pedagogía entre sofística y filosófica que entre ambos tienen montado. Querefonte aparece también en dos diálogos de Platón, el *Gorgias* y el *Cármides*. En este último recibe con entusiasmo a Sócrates, recién llegado de la guerra. Fue él quien tuvo la ocurrencia, o la cara dura, de preguntar al oráculo de Delfos si había algún hombre más sabio que su amigo Sócrates. Sorprende el entusiasmo democrático que el autor presta a su protagonista, algo ajeno a los círculos socrático y platónico. Quizás sea una advertencia formulada en términos esotéricos.

Este diálogo sobre el patriotismo, excepcionalmente bien conservado sobre su soporte de papiro, forma parte de los descubrimientos realizados en Oxirrinco, Egipto, en 1897. Por causas no aclaradas todavía, fue desgajado del conjunto de los famosos documentos y no ha sido incluido en la edición oxoniense de los *Oxyrhynchus papyri*. L. Blancherie y O. Muñoz preparan su edición crítica de la que podemos adelantar, con su amable autorización, una posible atribución a Hermodoro, llamado de Siracusa. Hermodoro era amigo de Platón, autor de sendas obras perdidas sobre las Matemáticas y sobre el propio filósofo ateniense del que fue también editor, como Ático lo fue de Marco Tulio.

QUEREFONTE O DEL PATRIOTISMO

Querefonte, Menipo, Centauro

Menipo.— ¿A dónde vas tan temprano, Querefonte?

Querefonte.— ¡Menipo! Qué alegría volver a verte.

Menipo.— Es bueno encontrar a un ateniense de verdad... Sigues igual de flaco que siempre, aunque menos demacrado que de costumbre.

Querefonte.— ¿Qué te trae por Atenas justo cuando nos disponemos a entrar en guerra?

Menipo.— Sabes que he vivido mucho tiempo aquí. Estaba en Eleusis, pero ahora que las ciudades griegas han decidido hacerse la guerra unas a otras, he pensado que Atenas no es el peor de los sitios para contemplar el espectáculo. Triste espectáculo, por cierto.

Querefonte.— Lo es, sí.

Menipo.— ¿Pero a dónde te diriges tú, mi joven amigo? Parece que no vas al ágora solo para conocer las últimas noticias. Te veo vestido con la clámide, la espada colgada del hombro y lanza en ristre.

Querefonte.— Así es, Menipo, han llamado a filas a mi batallón y nos reunimos hoy para marchar al frente en formación. Como ves, de soldado de infantería.

Menipo.— A perseguir la gloria de morir por la patria.

Querefonte.— Es dulce y es honroso morir por ella. El héroe tutelar de nuestro batallón es Áyax, el más valiente de la Guerra de Troya, después de Aquiles.

Menipo.— Valiente, pero también fogoso e insensato. Imposible de encajar en los usos de la ciudad.

Querefonte.— No te burles, Menipo.

Menipo.— No me burlo. Me pregunto si el héroe tiene cabida en la ciudad. Los héroes han sido siempre cosa del pasado.

Querefonte.— Sería un honor morir por mi patria, aunque por ahora, la verdad, me conformo con defenderla y si puede ser, contribuir a su gloria.

Menipo.— Aún no llegado a Atenas, todavía en la Vía Sacra y ya estoy hablando con un patriota. Los atenienses vais siempre muy aprisa. Supongo que es una buena señal.

Querefonte. — La mejor, sin duda. ¿Qué pensarías de Atenas si te hubieras tropezado con un cobarde que anduviese huyendo de sus deberes para con la ciudad?

Menipo. — Que Atenas habría empezado a cambiar, y quizás no del todo para mal. Pero Querefonte, como conozco tu gusto por la conversación, y nos falta un rato para llegar a la Puerta Sacra, ¿por qué no me ayudas a comprender la situación? Todavía corre una brisa agradable, el sol se muestra benigno y los árboles dan buena sombra. Incluso el rocío parece que alegra el ánimo y la vista. La conversación nos ayudará a pasar un rato amable.

Querefonte. — ¿Y qué quieres saber, Menipo? Yo no soy un general de los que llaman estrategias, ni tengo responsabilidad alguna en los asuntos de la ciudad.

Menipo. — No me digas que no te interesas por la política. Después de correr a enteraros de las novedades, chismorrear y encasquetar vuestra opinión al primero que se preste a escucharos, lo que más os gusta a los atenienses es la política.

Querefonte. — Otra cosa es hacerla, más allá de las obligaciones ciudadanas. Hace no mucho tiempo acompañaba a Alcibíades, que iba al ágora a hablar ante la asamblea. Había decidido que los atenienses le necesitábamos para conducir nuestros asuntos. Quería ser político, en una palabra. Tropezamos con Sócrates, como ahora nos hemos encontrado tú y yo, y después de mucho insistir en que su amor por Alcibíades era incomparablemente superior al de cualquier otro de sus admiradores, Sócrates le demostró que no estaba preparado para ocuparse de algo que ni siquiera sabía definir. Y ya sabes lo convincente que puede llegar a ser Sócrates.

Menipo. — Me temo que eso no ha impedido que Alcibíades se esté convirtiendo en uno de los hombres públicos más en boga de Atenas.

Querefonte. — Aunque eso tampoco le impedirá alistarse. Lo veremos dentro de un rato, luciendo la melena de los caballeros y montado en el mejor de sus caballos.

Menipo. — Tú, en cambio, vas a pie.

Querefonte. — Yo soy hijo de campesinos, de un poco más al norte, cerca de Eleusis, por cierto. De allí vengo ahora. En mi casa sigue oliendo a vino nuevo, a queso fresco, a lana, a orujo de aceituna.

Pero además de amigos, y amigos de Sócrates los dos, Alcibíades y yo somos atenienses.

Menipo. — Por ahí podíamos empezar, querido Querefonte. ¿Qué es la patria, esa patria que te aprestas a defender con tanta gallardía?

Querefonte. — Antes de contestarte, te recordaré lo que ocurrió con Alcibíades y Sócrates. Y es que, por mucho que discutamos sobre la patria, no por eso voy a dejar de ser un patriota.

Menipo. — Ni yo pretendo que dejes de serlo. Todo el mundo conoce tu fama de testarudo y de arriscado. Pero contéstame, si te parece bien. ¿Qué es para ti la patria?

Querefonte. — El lugar donde he nacido.

Menipo. — ¿Quieres decir la casa donde te concibieron tus padres y tu madre te dio a luz?

Querefonte. — No, claro que no.

Menipo. — Ni tampoco la familia, deduzco de tu respuesta.

Querefonte. — Así es, ni mi casa, ni mi familia, ni mi clan son la patria. Claro que sin ellos no concibo lo que sería la patria.

Menipo. — ¿Tus amigos, entonces, o tus conocidos, además de todo eso?

Querefonte. — Me temo que no conozco a todos mis conciudadanos, y te puedo asegurar que no todos son amigos míos. La patria es todo eso y la mía es Atenas, la ciudad donde he vivido desde que tomé las armas por vez primera, y el Ática.

Menipo. — ¿Un territorio, por tanto?

Querefonte. — Un territorio y sus habitantes.

Menipo. — Como Tebas o como Esparta.

Querefonte. — Sí, pero con su propia historia.

Menipo. — Cada una tiene la suya.

Querefonte. — La nuestra, Menipo, es particularmente gloriosa. No te olvides que nuestra ciudad es querida por los Dioses. Y recuerda el debate que mantuvieron estos en la Acrópolis sobre cuál de los dos dones que le habían otorgado era el mejor, si el olivo de Atenea o la fuente que el casco del caballo de Poseidón había hecho brotar allí mismo. Sabes que Atenas es obra de Atenea, la diosa del saber. No muy lejos, un poco más adelante, a la izquierda, podríamos pasar por el parque donde están los doce olivos sagrados de la diosa, crecidos de un esqueje del olivo sagrado del Erecteion, en la Acrópolis. Desde

entonces el amor al saber y el amor al arte nos orientan a un mismo fin.

Menipo. — Bueno, aun suponiendo que eso sea cierto...

Querefonte. — Claro que lo es, Menipo.

Menipo. — Bien, pero aun así, la leyenda de la fundación de Tebas no es menos hermosa, creada como fue con los dientes del dragón muerto por Cadmo. Y qué decir de la de Esparta, que lleva el nombre de una reina nacida de un río y casada con un hijo de Zeus, ni más ni menos.

Querefonte. — Si no te bastan nuestros dioses, recuerda lo que hicimos los atenienses hace nueve mil años, antes del diluvio, cuando encabezamos la rebelión contra los Atlantes que vivían más allá de las columnas de Heracles y se habían propuesto sojuzgar a los pueblos del Mediterráneo. Con la alianza que creamos, logramos vencerlos y salvaguardar nuestra independencia y la de nuestros vecinos.

Menipo. — Nueve mil años... Pensaba que los atenienses eran un pueblo más joven. Eternamente joven, mejor dicho, como quieren siempre serlo los griegos, aunque los atenienses lo desean más y con más fuerza. Y menos preocupados por el pasado que por la actualidad.

Querefonte. — No te engañes, a los atenienses nos gusta la historia, el estudio de la leyendas y las investigaciones relativas a la antigüedad.

Menipo. — Pero eso que has contado no es historia.

Querefonte. — No te atreverás a decirle eso a Critias. En su casa están los escritos de Solón donde cuenta la historia de los Atlantes. El propio Solón se los dio al abuelo de Critias y él los conserva como oro en paño. Solón, a su vez, lo supo de un sacerdote egipcio de la ciudad de Nais, gran amiga de la nuestra, por lo que dicen.

Menipo. — Aun suponiendo que eso sea cierto, ¿cómo puedes suponer que aquellos hombres eran atenienses como lo eres tú? Tendrían costumbres muy distintas, vivirían en un régimen político diferente, una monarquía con toda seguridad, y hablarían otra lengua que no entenderíamos.

Querefonte. — Claro, Menipo, pero vivieron aquí, defendieron su independencia —y la de los demás— y empezaron a levantar algo que se perpetuó en el tiempo, hasta nosotros.

Menipo. — Bien, pero ni la Atenas de hoy es la de entonces, ni aquellos atenienses, si es que pensaban que lo eran, tienen nada que

ver con los de ahora ni, me temo, contigo. Y aun así afirmas que tú y ellos participáis de una misma naturaleza.

Querefonte.— De una idea, si quieres. Ellos empezaron a crearla y los atenienses que vinieron después la desarrollaron y la llevaron a su perfección. Mira, ya se ve la Acrópolis. Y cómo resplandece a los primeros rayos del sol el nuevo templo de Atenea que Pericles está construyendo. Un buen presagio.

Menipo.— ¿No será más bien, Querefonte, que todo eso son formas de ayudarnos a vivir en un mundo que carece de sentido? Las ciudades y los ciudadanos, como cualquier empresa, necesitan esas mentiras nobles que nos fortalecen y nos impulsan en la acción, que nos sostienen contra los enemigos, nos incitan a echar una mano a los amigos y a imaginar los mitos que nos sirven para comprendernos a nosotros mismos.

Querefonte.— Antes que su carácter de mentiras, podríamos insistir en su nobleza, ¿no te parece? Además, ¿también es un embuste, aunque sea noble, la hazaña de Harmodio y Aristogitón, los dos amigos que acabaron con el tirano Hiparco? ¿O será una mentira la batalla de Salamina, donde, con Temístocles a la cabeza, detuvimos la invasión de los persas como antes lo habíamos hecho con los Atlantes? Y no me dirás que no es un hecho la batalla de Maratón. Mi propio padre combatió allí y me contó muchas veces cómo cayó a tierra sobre el hombro, se apoyó para quitarse el polvo, logró levantarse y de nuevo se metió en la pelea. Un hombre sufrido, terco... y desconfiado, mi padre. Él sí que era un ateniense cabal. En Maratón volvimos a salvar nuestra independencia y la de los griegos. Y esta vez solos, porque los espartanos no acudieron.

Menipo.— Entonces, Querefonte, la patria sería la ciudad de Atenas, el Ática, si te entiendo bien, la población y los mitos, o la historia ya que lo prefieres así, que da sentido al conjunto.

Querefonte.— Sí, y es todo aquello en lo que me reconozco ateniense: la tierra, los olivos de mi familia, el huerto donde jugaba, el Pireo y sus barcos, los almacenes, los comercios, el ágora, la calle donde saludo a los amigos y pongo mala cara a aquellos a los que no aguantó. Es esto: el campo, el cielo, el mar un poco más allá. Todo aquello en lo que vivo y que es mío.

Menipo.— Entiendo. Lo que es tuyo, dices, como si fuera una prolongación de tu alma.

Querefonte. — Eso es.

Menipo. — Y esa prolongación de ti mismo te pertenece a ti.

Querefonte. — Así es.

Menipo. — Y por tanto forma parte de tu alma, podríamos decir.

Querefonte. — Muy justo.

Menipo. — En tal caso, ¿cómo sabes que es también prolongación de la de los demás?

Querefonte. — No te entiendo.

Menipo. — Hablas de una realidad que creas en función de tu experiencia, pero ¿cómo puedes saber que los demás habitantes de la ciudad la comparten?

Querefonte. — No me hace falta preguntárselo, Menipo. Comparamos los dioses, los trabajos, los festejos, el gusto por los deportes, por la música, el baile y el teatro. Yo me alegro cuando ellos están alegres, y ellos —bueno, algunos de ellos— se entristecen cuando yo estoy triste. Y cuidamos unos de otros y la ciudad se ocupa de los huérfanos de los guerreros muertos en el campo de batalla y el Pritaneo acoge a los héroes y a los deportistas olímpicos. Y si se me trata con injusticia, los jueces se encargan de restaurarla. Es lo mío, pero no estoy solo.

Menipo. — Esa patria os pertenece a vosotros, atenienses, en exclusiva.

Querefonte. — ¿Cómo podría ser de otra manera? Somos independientes.

Menipo. — La patria vendría a ser entonces un recinto amurallado para que tú y tus compatriotas os sintáis bien, al abrigo del resto del mundo. Un muro como el que nos disponemos a cruzar dentro de un rato.

Querefonte. — Los atenienses no nos hemos quedado en casa. Nos gusta el mar. Nos enseñan a nadar muy pronto, y no hay flota como la nuestra en todo el Mediterráneo. ¿Qué sería de Atenas sin el Pireo?

Menipo. — Pero sin duda lo vuestro es lo primero.

Querefonte. — ¿No das tú preferencia a los tuyos a la hora de cuidarlos, de protegerlos, de repartir o celebrar una buena noticia? Cada uno tiene que ocuparse de los suyos, al fin y al cabo las necesidades serán siempre infinitas y la generosidad no puede ser universal, pero la antorcha, ya sabes, no puede dejar de lucir.

Menipo.— ¿Y no crees, Querefonte, que eso es una forma de egoísmo? Egoísmo generoso, digámoslo así, pero egoísmo al fin y al cabo.

Querefonte.— El ser humano no es un ser perfecto, Menipo. Ni siquiera los dioses extienden su benevolencia al universo entero. La ciudad, o la patria, están hechas a su medida y a la nuestra. Además, el amor que sentimos hacia ella y hacia nuestros compatriotas no nos impide apreciar todo lo bueno que tienen los demás. Traemos especias, papiros, lino. Nos gusta el vino de Rodas y el de Quíos.

Menipo.— ¿A quién no?

Querefonte.— El amor a la patria no es lo mismo que ese afecto delincuente que es la pasión exclusiva por lo propio. Sabemos, eso sí, que nuestra ciudad es, como debe ser, la más grande, la más poderosa, la más sabia, la más gloriosa de cuantas existen.

Menipo.— Eso mismo dicen los espartanos, contra los que te dispones a luchar.

Querefonte.— Puede ser, pero el amor a la patria, en nuestra ciudad, es inseparable del amor a la libertad. Y eso cambia la naturaleza del patriotismo.

Menipo.— Habría entonces un patriotismo local, que consiste en el amor a lo propio y otro más amplio, que añadiría al primero el gusto por ser libre.

Querefonte.— Sí, eso es.

Menipo.— ¿Y qué diferencia hay de uno a otro? Los dos exaltan lo propio, y un espartano siente por Esparta el mismo amor que tú sientes por Atenas. Y está convencido como tú que su ciudad es la primera en saber, opulencia, gloria y poder.

Querefonte.— Sin duda, aunque dudo que los espartanos sientan tanta curiosidad y tanto amor al saber como nosotros.

Menipo.— Por tanto no hay diferencia, en este punto, entre las dos patrias, y existe un patriotismo que no es amor a la libertad sino a lo propio.

Querefonte.— Tal vez, Menipo, pero lo que yo sé decirte es que mi patria no distingue entre una cosa y otra. Atenas es una ciudad soberana donde todos son libres y tienen los mismos derechos. Ante la justicia, el pobre vale tanto como el rico. El débil puede responder al poderoso que lo ataca y, si lleva razón, prevalecer sobre él. La libertad

existe allí donde, como en Atenas, el heraldo pregunta: «¿Algún proyecto para el bien de la ciudad?». El que desea hablar se adelanta. El que no tiene nada que decir, se calla. Esa es mi ciudad. Ser ateniense es ser libre y querer seguir siéndolo.

Menipo. — No habría diferencia, por tanto, entre lo que nos mueve a querer las costumbres, las fiestas, todo aquello de lo que hablabas antes, y lo que nos lleva a amar una constitución política como la ateniense. Y sin embargo, son dos cosas distintas. Durante mucho tiempo Atenas no se rigió por las leyes democráticas. Tuvo reyes, durante largos años la gobernó la aristocracia, y solo hace 150 años que Solón promulgó las leyes que llevarían a la actual constitución. ¿Acaso esos hombres no eran atenienses?

Querefonte. — Claro que sí. La patria no es solo la constitución democrática. Es absurdo pensar que nuestros antepasados no tenían patria o que no tenían patria los atenienses sobre los que discurría Solón ante el abuelo de Critias, o aquellos que poblaron el Ática de Atenea y Poseidón... Ni a Solón, que escribió nuestras leyes, ni a Clístenes, que instauró la democracia, se les habría ocurrido anunciar a sus conciudadanos que solo con sus leyes habían llegado a tener una patria. «Atenienses, ya tenéis patria...» Se habrían reído de ellos, y de qué manera. Y acto seguido los habrían mandado al destierro. Dicho esto, claro que nosotros ya no podemos ser atenienses de aquel modo. En cambio, la libertad que hoy nos asegura nuestra constitución política se apoya en las costumbres, en los dioses, en el culto, en las celebraciones, en la realidad de la ciudad y del Ática. Y estos encuentran en la constitución democrática su razón de ser y su culminación. ¿Por qué te empeñas en separar una cosa de la otra? El otro día, en el jardín de la Academia, un sofista extranjero, un hombre atormentado, nos incitaba a seguir siendo atenienses para ser libres y virtuosos. Donde está la patria, allí está el bien, decía. Lo había entendido a la perfección a pesar de ser un ciudadano sin patria, un meteco patriota.

Menipo. — He oído hablar de ese sofista. Echa de menos algo que no soportaría. También es de los más escurridizos, y el que más quebraderos de cabeza causa allí donde va. Dará mucho que hablar, si le dejan.

Querefonte. — Aquí en Atenas sí que lo ha hecho.

Menipo. — Veremos hasta cuándo.

Querefonte.— Ya que sueles pasar largas temporadas en nuestra ciudad y ahora parece que te vas a instalar aquí durante el tiempo que dure esta guerra, ¿por qué no te naturalizas ateniense?

Menipo.— Si es para ir contigo al frente, estoy dispuesto a pensarlo.

Querefonte.— Eso no suena muy serio, mi querido Menipo.

Menipo.— Depende de ti, Querefonte. Hablando en serio, como dices, es un proceso largo y complicado. Sabrás que Pericles tiene pensado impedir la naturalización en Atenas a quienes no sean hijos de madre y de padre atenienses.

Querefonte.— Todavía no tiene respaldos para conseguirlo y ha habido muchos griegos que han conseguido la ciudadanía ateniense. También fue Pericles el que dijo — lo recordarás— que Atenas es una ciudad abierta a todos y que más que en el recelo y las prevenciones, confiamos en nosotros mismos, en nuestro arrojo y nuestro atrevimiento.

Menipo.— Más libre se es sin tener que rendir pleitesía a los gobernantes de una ciudad. O al menos rindiéndoles solo lo estrictamente necesario.

Querefonte.— Rendir pleitesía, efectivamente, no resulta imprescindible, pero la ciudad de los atenienses no pide eso. Aquí no debemos obedecer a un tirano, ni a una oligarquía. Aquí, y tú lo sabes, nos gobernamos a nosotros mismos. Esa es la característica de Atenas. Hay quien lo llama el gobierno del pueblo, y otros le dan otros nombres menos amables, pero la verdad es que hemos alcanzado, con el asentimiento de la multitud, el gobierno de los mejores. Nosotros reconocemos la igualdad de origen en el orden de la naturaleza, y esa igualdad nos fuerza, en el orden de la ley, a buscar la igualdad política. Por eso, en lo que a nuestro gobierno se refiere, no mostramos la menor complacencia como no sea para la virtud y la sabiduría. Los regímenes políticos forman a los seres humanos. Gente de bien cuando son buenos y gente malvada en el caso contrario. Nuestra constitución y nuestra patria nos incitan a la virtud.

Menipo.— Mucha virtud, sin duda, pero ¿dónde queda la libertad?

Querefonte.— Libertad es gobernarse a uno mismo, y cumplir con lo que hay que hacer para salvaguardar la patria que nos hace libres.

Menipo.— ¿Tendrás que hacer, entonces, lo que la patria y la constitución de Atenas exijan?

Querefonte. — Claro.

Menipo. ¿Y si quiero hacer algo que las leyes, o las costumbres de la ciudad, no hayan previsto?

Querefonte. — Puedes hacerlo siempre que la constitución y las leyes no lo prohíban.

Menipo. — Claro que no puedo contradecir lo que la constitución y las leyes prohíban.

Querefonte. — ¿Cómo podrías hacer eso? En tal caso se te trataría como a un criminal, o como a un tirano que quiere imponer su voluntad sobre la de los demás.

Menipo. — Pero esa voluntad no tiene por qué ser fundamentalmente injusta, o puede expresar un conocimiento legítimo, y no menos bueno.

Querefonte. — Lo sea más o lo sea menos, siempre podrás exponer el caso ante la asamblea y esforzarte por cambiar las leyes o que se tome una decisión conforme a lo que propones. Lo que no se puede hacer es responder a lo que uno considera una injusticia con otra injusticia.

Menipo. — Es concebible, por tanto, que haya leyes injustas, o al menos mejorables.

Querefonte. — La leyes son todo lo justas que pueden serlo en una circunstancia. Lo importante es que hayan sido promulgadas respetando la constitución democrática de la ciudad, y que su aplicación respete también esa misma constitución.

Menipo. — Me concederás al menos que no todo en la vida de los seres humanos está fijado por las leyes de la ciudad.

Querefonte. — Sin duda. En Atenas muy particularmente, aquí donde actuamos libremente en la vida pública y no nos enfadamos si el prójimo hace su gusto en las actividades privadas. Ni siquiera les ponemos mala cara. Hace poco a Pericles le anduvo persiguiendo e insultando todo un día un hombre que estaba en desacuerdo con él. Ya te figuras: falso, ladrón, canalla... Cuando Pericles llegó a casa, ya de noche, ordenó al criado que le llevaba la linterna que acompañara a aquel hombre a su casa.

Menipo. — Pericles es un aristócrata.

Querefonte. — Gobierna porque es el mejor. Y siguiendo con la libertad, ¿tú has visto, en el teatro, a Aristófanes burlarse de Cleón

el demagogo con palabras aún más gruesas que las que aquel hombre dirigía a Pericles, mientras Cleón estaba sentado en primera fila?

Menipo.— Y los dos hemos visto al pueblo, después de reírse de Cleón a mandíbula batiente, votarle con entusiasmo redoblado. ¿Estás seguro de que el ser humano puede gobernarse a sí mismo?

Querefonte.— Atenas lo demuestra. Nada de todo eso, ni las bur-las ni el voto, les impedirá acudir al frente si la ciudad lo requiere. Lo que pide de nosotros es, antes que nada, que cumplamos las leyes. Eso es lo primero. También tenemos que participar en la vida pública y, llegado el caso, debemos estar dispuestos a defender la ciudad. Finalmente, cumplir con el culto, que es tanto como celebrar la vida de la ciudad.

Menipo.— Son muchas obligaciones, Querefonte. No sé si podría pensar con libertad teniendo que cumplirlas todas. Incluso tildáis de inútil, por no decir de idiota, a quien se desentiende de los asuntos públicos.

Querefonte.— Es al revés. Sin esas obligaciones dependerás de lo que querrán de ti los demás.

Menipo.— Me parece que soy un poco más... moderno, por así decirlo. Tanta exigencia resulta agobiante.

Querefonte.— ¿Un apátrida, entonces? ¿Un ser humano sin responsabilidad, ni obligaciones con nadie?

Menipo.— Obligaciones con el ser humano.

Querefonte.— ¿Con todos?

Menipo.— Con lo que es bueno y moral en cada uno.

Querefonte.— Te ocupas de la humanidad y dejas de lado a los hombres.

Menipo.— ¿No piensas que todos somos iguales?

Querefonte.— Lo que pienso es que de ese modo te pierdes lo mejor de la vida: la comida, el mar, la amistad, el compañerismo, las fiestas, las celebraciones, el teatro... Ninguna otra ciudad de Grecia celebra tantas fiestas como Atenas.

Menipo.— Todo eso estará siempre a mi alcance.

Querefonte.— Pero sin sabor, sin afecto, sin amor correspondido. Porque no será tuyo y serás un extranjero en todas partes.

Menipo.— Eso es la libertad, querido Querefonte. La vida en sociedad no dejará nunca de ser una forma de servidumbre, y el

AGRADECIMIENTOS

Agradezco sus comentarios, sus sugerencias y sus propuestas a los amigos que entendieron el proyecto y tuvieron la paciencia de leer y revisar las sucesivas versiones de la obra o de alguno de sus capítulos: Paloma Marco, Julia Escobar, Pere Borrás, Roberto Villa, Miguel Gil, Juan Francisco Carmona y Choussat, Tomás Cuesta, Guillermo Graíño, Joaquín Puig de la Bellacasa y Jorge Viches. Álvaro Petit es el promotor de esta nueva edición. Y, claro está, nada sería posible sin el equipo de Encuentro, Manuel Oriol, Narcisa García y en particular el meticuloso y siempre atento Carlos Perlado.

BIBLIOGRAFÍA

Historia de España

Abellán, José Luis. *Historia crítica del pensamiento español*, 5 vols. Madrid, Espasa-Calpe, 1979-1991.

Alborg, José Luis. *Historia de la literatura española*, 6 vols. Madrid, Gredos, 1992-1999.

Altamira, Rafael. *Historia de la civilización española*, Barcelona, Crítica, 1988.

Artola, Miguel (dir.). *Enciclopedia de Historia de España*, 6 vols. Madrid, Alianza Editorial, 1993.

Carr, Raymond (ed.). *Spain, a History*. Oxford, Oxford University Press, 2000.

Domínguez Ortiz, Antonio. *España. Tres milenios de Historia*. Madrid, Marcial Pons, 2005.

Fuentes Quintana, Enrique (dir.). *Economía y economistas españoles*, 6 vols. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999-2005.

García de Córdazar, Fernando. *Atlas de Historia de España*. Barcelona, Planeta, 2005.

García de Cortázar, F. *Historia de España: de Atapuerca al Estatut*. Barcelona, Planeta, 2006.

Mariana, Juan de. *Historia General de España*, 3 vols., Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig, 1852.

Río, Ángel del. *Historia de la literatura española*, 2 vols. Barcelona, Bru-guera, 1982.

Vicens Vives, Jaume. *Aproximación a la Historia de España*. Barcelona, Vicens-Vives, 1972.

Cap. I. Los orígenes de España

Alvar, Jaime (dir.). *Entre fenicios y visigodos. La historia antigua de la Península Ibérica*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.

Barandiarán, Ignacio, Martí, Bernat, Rincón, María Ángeles del Rincón, Maya, José Luis. *Prehistoria de la península Ibérica*. Barcelona, Ariel, 2007.

Blázquez, José María. *El Mediterráneo y España en la Antigüedad*. Madrid, Cátedra, 2003.

Bravo, Gonzalo. *Hispania antigua*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

Gómez Tabanera, José Manuel (ed.). *Las raíces de España*. Madrid, CSIC, 1952.

Gracia Alonso, Francisco (Coord.). *De Iberia a Hispania*. Barcelona, Ariel, 2008.

Guzmán Guerra, Antonio, Gómez Espelosín, Francisco José y Guzmán Gárate, Ignacio. *Iberia. Mito y memoria*. Madrid, Alianza Editorial, 2007.

Cap. II. La España romana

García Iglesias, L. *Los judíos en la España antigua*, Ediciones Cristianidad, Madrid, 1978.

Plácido, Domingo. *Hispania Antigua, Historia de España*, vol. 1. Josep Fontana y Ramón Villares, dirs. Barcelona, Crítica – Marcial Pons, 2009.

VV. AA. *España romana, Historia de España Menéndez Pidal*, vols. I y II. Madrid, Espasa-Calpe, 1996.

Cap. III. España bajo los visigodos

Castellanos, Santiago. *Los godos y la Cruz. Recaredo y la unidad de España*. Madrid, Alianza Editorial, 2007. Sanz Serrano, Rosa. *Historia de los godos*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2009.

Sanz Serrano, Rosa. *Historia de los godos*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2009.

VV. AA. *España visigoda*, Vols. I y II, *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, III. Dir. por José María Jover Zamora. Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

VV. AA. *Historia de la Iglesia en España*. Vol. I: *La Iglesia en la España romana y visigoda*. Ricardo García-Villoslada, dir. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1979.

Cap. IV. Al-Ándalus. La España musulmana

Dufourcq, Charles-Emanuel. *La vie quotidienne dans l'Europe médiévale sous domination arabe*. París, Hachette, 1978.

Fernández-Morera, Darío. *El mito del paraíso andalusí*. Madrid, Almuzara, 2018.

Fanjul, Serafín. *Al-Ándalus contra España: la forja del mito*. Madrid, Siglo XXI, 2002.

Lévi-Provençal, Évariste. *España musulmana, hasta la caída del Califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*, *Historia de España Menéndez-Pidal*, t. XLIV. Madrid, Espasa-Calpe, 1950.

Levi-Provençal, É. *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*. *Instituciones y vida social e intelectual*. *Historia de España Menéndez Pidal*, t. XXIV. Madrid, Espasa-Calpe, 1957.

Lewis, Bernard. *Los árabes en la Historia*. Edhasa, Barcelona, 1996.

Lewis, Bernard y Churchill, Buntzie Ellis. *Islam. The Religion and the People*. Wharton School Publishing, New Jersey, 2008.

Maíllo Salgado, Felipe. *Acerca de la conquista árabe de Hispania*. Madrid, Abada Editores, 2016.

Montgomery Watt, William. *Historia de la España islámica*. Madrid, Alianza Editorial, 2008.

Ramón Guerrero, Rafael. *Filosofías árabe y judía*. Madrid, Síntesis, 2001.

Sánchez Albornoz, Claudio. *La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales*. Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

Vallvé, Joaquín. *La división territorial de la España musulmana*. Madrid, CSIC, 1986.

Vallvé, Joaquín. *El Califato de Córdoba*. Madrid, Editorial Mapfre, 1992. Vernet, Juan. *Lo que Europa debe al Islam de España*. Barcelona, El Acantilado, 1999

Caps. V - VI La Reconquista. España en Occidente.

La cultura de la España medieval

Álvarez Palenzuela, Vicente Ángel (coord.). *Edad Media. Historia de España*. Barcelona, Ariel, 2005.

Gracia Noriega, José Ignacio. *Don Pelayo*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2006.

Jiménez Lozano, José. *Guía espiritual de Castilla*. Valladolid, Ámbito, 1993.

Ladero Quesada, Miguel Ángel. *La España de los Reyes Católicos*. Madrid, Alianza Editorial, 1999.

Maravall, José Antonio. *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1997.

Menéndez Pidal, Ramón. *Orígenes del español*. Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

Reilly, Bernard F. *Las Españas medievales*. Península, Barcelona, 1996.

Suárez, Luis. *Los Reyes Católicos*, 5 vols. Madrid, Rialp, 1989-1990.

Valdeón Baroque, Julio. *La Reconquista*. Madrid, Espasa, 2006.

Cap. VII. La España americana

Baudot, Georges. *La Corona y la fundación de los Reinos americanos*. Madrid, Asociación Francisco López de Gomara, 1992.

Bether, Leslie, ed. *Historia de América Latina*. 1. *América Latina colonial: La América precolombina y la conquista*. Barcelona. Cambridge University Press - Editorial Crítica, 1990.

Bether, L., ed. *Historia de América Latina*. 2. *América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Barcelona. Cambridge University Press - Editorial Crítica, 1990.

Brading, David A. *Orbe indiano*. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1991.

Breña, Roberto. *El imperio de las circunstancias*. Madrid, Marcial Pons, 2012.

Chaunu, Pierre. *La expansión europea (siglos XIII al XV)*. Barcelona, Labor, 1972.

Elliott, John H. *El viejo mundo y el nuevo: 1492-1650*. Barcelona, Al-taya.

Elliott, J. H. *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Madrid, Taurus, 2006.

Hernández Sánchez-Barba, Mario. *Historia de América*. Vols. 1-5, Madrid, Alhambra, 1988.

López Morales, Humberto. *La aventura del español en América*. Madrid, Espasa, 1998.

Morales Padrón, Francisco. *Atlas cultural de América*. Tomos I y II. Las Palmas de Gran Canaria, 1988.

Todorov, Tzevan, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. París, Seuil, 1982.

VV. AA. *Historia General de América Latina*. Vol. I - *Las sociedades originarias*. Dir. del volumen: Teresa Rojas Rabiela. Madrid, Trotta, 1999.

En un momento de crisis de nuestra identidad nacional, el profesor y escritor José María Marco surge como la voz de la razón para reflexionar apasionadamente acerca de lo que significa ser español. En esta obra magna, una edición ampliada que recoge los acontecimientos más importantes de nuestra historia hasta nuestros días, el autor nos recuerda los fundamentos de España. Marco aporta aquí sus conocimientos y experiencia en el ámbito de la historia y la actualidad, guiado por la noción de patriotismo. Con un sentido fuerte de la esperanza y la sensatez, esta exhaustiva, sólida y amena *Historia patriótica de España* inspira, en palabras del autor, a «concebir la propia conducta en homenaje a aquellos que nos han precedido en esta tierra, españoles igual que nosotros, sin que nos quepa darles lecciones de españolidad». Una declaración de amor para tiempos de cambio.



JOSÉ MARÍA MARCO (Madrid, 1955) es profesor y autor de varios libros sobre la idea de España en la historia y en la actualidad. Referente de la cultura española, es colaborador en diferentes medios de comunicación. Su última obra en Encuentro es *Azaña. El mito sin máscaras*. www.josemariamarco.com/
[@josemariamarco1](https://twitter.com/josemariamarco1)

HISTORIA PATRIÓTICA DE ESPAÑA

Edición revisada y ampliada

Depósito Legal: M-1797-2023



ISBN: 978-84-1339-137-3



9 788413 391373